

# El lugar de uno mismo

**MANUEL HIDALGO**

Ilustraciones de Daniel Hidalgo

**Alianza** editorial

Ilustraciones de interiores y cubierta: Daniel Hidalgo

Diseño y maquetación: ZAC diseño gráfico

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Manuel Hidalgo, 2017

© de las ilustraciones: Daniel Hidalgo, 2017

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2017

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-9104-755-1

Depósito legal: M. 9.507-2017

Printed in Spain

A Mercedes Ruiz y Manuel Ezcurdia,  
mis tíos, *in memoriam*



## Índice

Abrir la puerta .....	11
1. El primer cuarto de baño .....	13
2. <i>El anacoreta</i> .....	20
3. La puesta a punto y el espejo .....	27
4. El cuerpo en acción.....	36
5. Olores y ruidos .....	46
6. El papel higiénico, ese invento.....	53
7. La discreta escobilla.....	59
8. El bidé, ¿para qué sirve? .....	62
9. Asesinato en la ducha.....	66
10. La versátil bañera .....	73
11. Las toallas y las manías .....	84
12. Desaparición, vertedero, aparición y fuga .....	90
13. La habitación diabólica.....	99
14. Blancura y salud .....	111
15. Sexo acuático.....	125
16. Compañía, emoción y soledad .....	147
17. Artes y letras .....	153
18. Maravillas del diseño .....	162
19. Cuestión de dinero.....	170
20. Espacio y tiempo .....	176
21. Averías y conflictos de pareja .....	180
22. Material para una biografía .....	185
23. Una parcela en el mundo .....	196
Índice onomástico y de obras citadas.....	201



## Abrir la puerta

Cualquier día, al abrir la puerta del cuarto de baño y cerrarla tras de sí, uno puede sentir, de una manera intensa y más que nunca antes, que ha entrado en su único espacio y tiempo de verdadera intimidad, soledad y ensimismamiento. Lo sabía, claro que lo sabía, pero es posible que determinado día uno experimente esa sensación con toda su plenitud, esté amasada de felicidad o de desasosiego. Quizás un día nació así este libro, al comprender con intensidad sentimental y reflexiva que el cuarto de baño no es solamente una habitación al servicio de las propias necesidades higiénicas, fisiológicas y de aseo. Es mucho más. Pensemos, recordemos.

Pensar y recordar es la tarea que he abordado para escribir este libro, cuyo título, *El lugar de uno mismo*, expresa el cariz radical que el cuarto de baño tiene como escenario –vetado, en principio, a los demás– de la individualidad, de sus accidentes, incidencias y manifestaciones.

Abordo en estas páginas, sopesando el itinerario vital que va del niño al anciano, el gran número de actividades, previstas o imprevistas, que desarrollamos en el cuarto de baño, descri-

biendo e interpretando las funciones y acciones que propician su mobiliario y sus objetos. He intentado no olvidar ninguna. Acudo con frecuencia a la cita y comentario de películas, novelas, cuadros y fotografías –según me han venido con espontaneidad a la cabeza– que han reflejado el variado elenco de acontecimientos que suceden en el cuarto de baño, sin la pretensión de ser exhaustivo ni, mucho menos, de completar un objetivo historiográfico. Y, por último, pero no es lo de menos, he recurrido a mi memoria para narrar episodios de mi propia vida en el cuarto de baño, en la confianza de que no serán demasiado ajenos a los vividos por el lector de estas páginas y a sabiendas de que tendrán la pulsación novelesca de las ficciones.

Estas tres vetas principales se entreveran, se entrelazan constantemente, como también lo van haciendo, con un humor casi siempre tenue y que hace al caso, la gran variedad de asuntos con los que una exploración semejante –esta vez, sí, minuciosamente ha permitido encontrarme más allá de la primera presunción –higiene, necesidades, aseo, dije– consabida: la salud, la muerte, el sexo, la comunicación, el dinero, la cultura, la creatividad, la pareja... Y se puede decir de otro modo: el crimen, el suicidio, el amor, la representación, el narcisismo, la fuga, la fantasía, el miedo, el juego, las lágrimas, la discusión, la enfermedad, el ocultamiento... ¡la vida!

La puerta ya está abierta.



## 1. El primer cuarto de baño



El primer cuarto de baño del que conservo recuerdos es el de mi tercera casa. No guardo memoria de los dos anteriores. Al poco de cumplir cinco años mis padres y yo fuimos a vivir con mis abuelos. Mi padre había renunciado a proseguir su carrera militar y perdió su vivienda oficial. Mis abuelos tenían un piso antiguo, pero

amplio y muy bien situado. Disponía de cuatro dormitorios grandes, dos cuartos de estar, una cocina con despensa exterior, un trastero, un cuarto de baño y un retrete. Todo el suelo era de crujiante tarima. Mi cuarto y el de mis abuelos tenían salida a un ancho y largo balcón desde el que se podían contemplar las montañas y las puestas de sol, pues enfrente sólo había un enorme solar vacío, antes ocupado por las vías y los andenes de una estación de tren sin cubiertas.

El cuarto de baño era muy alargado y estrecho, pintado de blanco y alicatado con azulejos del mismo color. A la iz-

quierda, nada más entrar, había un lavabo exento, con la tubería de desagüe al aire en su parte inferior. Junto al lavabo, adosado a la pared a la altura de los ojos, un pequeño armario de madera, también blanco, destinado a guardar útiles de aseo. El armarito tenía un espejo exterior, pero mi estatura no me permitía mirarme en él. Después había una bañera empotrada en un retranqueo de la pared, con su cortina y su ducha. Frente a la puerta de entrada, al otro extremo, una ventana con visillo a un patio de manzana y un inodoro con tapas de madera pintadas de blanco. A la derecha de la taza, a considerable altura, una cisterna de la que colgaba una cadena metálica.

El inodoro de este cuarto de baño lo usábamos en exclusiva mis padres y yo. Mis abuelos sólo utilizaban el lavabo y la bañera. Mi abuela tenía que recordar a veces a mi abuelo que, para satisfacer sus necesidades, disponía del retrete adjunto, una minúscula habitación sin ventana, muy mal iluminada por una bombilla amarillenta con visera que pendía del techo.

Si mis abuelos tenían vetado nuestro cuarto de baño, mis padres y yo jamás utilizábamos su retrete, hasta el punto de que no tengo una imagen muy exacta de él. La insistencia de mi abuela en reprender a mi abuelo cuando entraba en nuestro cuarto de baño y la sostenida recomendación de mi madre para que yo no entrara en el retrete de mis abuelos no eran del todo comprensibles para mí. Supongo ahora que aquello obedecía a un mero reparto de espacios con el que mis abuelos se sacrificaban con la peor parte y mis padres y yo nos beneficiábamos de la mejor para disfrutar

de un mayor confort. No obstante, el carácter taxativo de esa distribución hizo que el retrete de mis abuelos se convirtiera para mí en un sitio algo misterioso, como todo lo prohibido. Una cueva incógnita. La intimidad vedada atrae la atención de los niños, y más cuando va unida a alguna forma de desnudez del cuerpo y al ejercicio de las necesidades fisiológicas. Los niños sienten curiosidad por lo escatológico, espían e indagan en ese territorio.

A mí lo que me gustaba era ver cómo se afeitaban mi padre y mi abuelo. Mi padre solía hacerlo en pijama o en pantalón y camiseta interior de tirantes. Disponía de una maquinilla en la que insertaba una hoja de la marca Gillette. Me gustaba ver cómo se embadurnaba la cara con la brocha y el jabón y cómo, con las sucesivas pasadas de la maquinilla –aclarada de vez en cuando bajo el grifo–, su rostro reaparecía limpio y terso. Después se lavaba la cara con agua para eliminar los restos de jabón, se secaba con una toalla y se aplicaba con vehemencia, a bofetones, una loción del color del coñac de la marca Floïd. En el aire quedaba un agradable aroma a jabón, intensificado por el perfume alcohólico de la loción. Aquel ritual parecía revitalizarle y darle vigor. Le dejaba listo para la jornada.

Hace unos años, en una droguería, descubrí un frasco de Floïd y, aunque no lo necesitaba, lo compré y lo usé para imitar a mi padre, para recordarle y evocar aquellos años. Esa loción pica mucho sobre la piel irritada y tal vez ensangrentada en algún punto por la cuchilla, y los bofetones se emplean para eliminar el escozor, al tiempo que tienen un efecto energizante.

Mi abuelo se afeitaba en las mismas condiciones, pero con una navaja de barbero. Me gustaba ver cómo la desplegab, cómo la afilaba frotándola sobre una correa de cuero y cómo la pasaba por su cara enjabonada. Esta última operación ocasionaba un ruidillo áspero, el que provocaba el filo al vencer la resistencia de los pelos. Ese ruido lo escuché luego en *Río Bravo* (Howard Hawks, 1959), en la escena en la que la bellísima y juncal –¡qué cintura!– Angie Dickinson afeita a un desastrado Dean Martin. A mi juicio, el modo de afeitarse de mi abuelo entrañaba cierto peligro, sobre todo cuando pasaba la navaja, de abajo arriba, por el cuello y cerca de la nuez, que protegía con un dedo. Era imposible no pensar en la navaja como arma, según la había visto utilizar ya en las películas, aunque todavía no en *Un perro andaluz* (Luis Buñuel, 1928).

En el cuarto de baño, viendo cómo se afeitan el padre o el abuelo, el niño inicia el aprendizaje de uno de los ritos de su masculinidad. El niño se afeitará también cuando sea un hombre, cosa que empieza a desear para alcanzar fuerza, independencia y libertad, propiedades de las que carece y que parecen unidas al momento en el que crecerá por fin su barba y deberá rasurarse a diario en esa misma atmósfera de cuchillas, sopapos y lociones fuertes. Estas últimas han sido sustituidas hoy, por lo común, por bálsamos cremosos y suavemente olorosos que no acompañan del mismo modo al sentimiento de masculinidad.

Antes de abandonar aquella casa, a los quince años, ya utilicé la maquinilla de afeitar de mi padre para eliminar –y fortificar sin pretenderlo– los primeros pelillos lacios que comenzaban a agrisar feamente mi bigote. No empleaba jabón.

Me limitaba a pasar la maquinilla de arriba abajo entre mi nariz y mi labio superior, zona que quedaba ligeramente enrojecida. Después, extraía la cuchilla con cuidado, la limpiaba y la volvía a encajar en su lugar.

Los niños de entonces solíamos estar bastante sucios. Lavarse la cara, las orejas y el cuello cada día era preceptivo, desde luego. Uno no estaba muy interesado por la limpieza, y eran las madres las que revisaban nuestras rodillas, nuestro cuello, nuestros codos y nuestros talones para, en caso de necesidad, fregotearlos con una toalla humedecida, que se ennegrecía. Los niños procurábamos evitar esos inoportunos y enojosos repasos.

Una vez escuché a mi madre en el parque bromear con su mejor amiga acerca de la limpieza. Habían oído decir que una higiene excesiva facilitaba la acción de los microbios sobre el cuerpo –no se hablaba entonces de virus ni de bacterias–, mientras que cierta suciedad actuaba de coraza ante las enfermedades infecciosas al mantener cerrados los poros de la piel. Por eso nosotros, sus hijos –ellas reían–, no habíamos contraído la poliomielitis, ni la tisis, ni la viruela, ni la tosferina, enfermedades muy temidas todavía a fines de los años cincuenta. Por bañarnos solamente una vez por semana –o cada quince días–, estábamos sanos y fuertes como los niños gitanos –decían–, a los que se veía mucho en sus carromatos por la ciudad, oscurecidos por algo más que el tizne natural de su piel.

En casa de los abuelos no había agua caliente. O, mejor dicho, no se utilizaba la cocina de leña para obtenerla. En los días más severos del glacial invierno de Pamplona –con

grandes nevadas y riesgo de sabañones—, mi madre, antes de bañarme, caldeaba el cuarto de baño con una estufa de la marca Superser, fabricada en la ciudad. Había llenado la bañera y había introducido en el agua fría una rudimentaria resistencia eléctrica, una especie de cilindro enchufado a la pared por un cable. Retiraba el artilugio y, con la habitación y el agua ya calientes, procedía a bañarme y a lavarme la cabeza con jabón. Para el aclarado, utilizaba unos grandes peroles con agua que previamente había calentado en la cocina. «¡Cierra los ojos!», me decía, y me echaba el agua por la cabeza. Y me decía también: «¡Menuda zolda tenías!». Lo decía con satisfacción, al comprobar la porquería que ahora flotaba en el agua de la bañera. Zolda, palabra vasca del vocabulario de mi abuela, era lo mismo que suciedad, claro, la mugre pegada al cuerpo.

Al cumplir los quince años, mis padres y yo dejamos la casa de los abuelos y fuimos a vivir a un piso moderno y con todas las comodidades. En aquel cuarto de baño, yo había soportado la vergüenza de tener que mostrar mi caca a mi madre. «¡No tires de la cadena!», me ordenaba. Y allá iba ella, a comprobar en el retrete si mis heces ya no tenían pujos o lombrices, después de días de haberlos tenido. O a cerciorarse de que la adecuada textura de mis deposiciones daba por clausurado un episodio de colitis o de estreñimiento. O a asegurarse de que había expulsado un hueso de aceituna o cereza tragado por descuido.

Dentro de aquel cuarto de baño escuché las conminatorias voces de mis padres al otro lado de la puerta: «¡no te encierres!», «¿qué haces ahí tanto tiempo?», «¡sal de una vez!»...

Desde muy niño, el hombre empieza a saber que el cuarto de baño es el lugar de uno mismo, un lugar disputado y sometido a sospecha en el que ha comenzado a encontrar, como en ningún otro, espacio y tiempo para sí y para sus asuntos.

## 2. *El anacoreta*



En la película *El anacoreta* (Juan Estelrich, 1976), el cuarto de baño es el lugar que Fernando Tobajas (Fernando Fernán Gómez) ha elegido para vivir, para ser él mismo de espaldas a presencias y relaciones indeseadas. Es un hombre maduro, de clase media acomodada. Se ha dejado crecer la melena hasta casi media espalda y viste siempre chándal y zapatillas deportivas. Lleva once años sin salir del espacioso y cuadrado cuarto de baño de su casa, sin importarle lo más mínimo que su mujer, Marisa (Charo Soriano), que habita en otras dependencias de la vivienda, despechada, se haya liado con Augusto (José María Mompín), su administrador.

Fernando ha convertido el cuarto de baño en un pequeño apartamento. Además de bañera, ducha, retrete, bidé y lavabo, Fernando dispone de una cama turca, una mesita, sillas, un buró, una máquina de escribir, una biblioteca –es un hombre culto– e, incluso, un armario empotrado en el que ha colocado un butacón y un flexo para aislarse toda-



vía más y entregarse a sus lecturas. No le faltan ni el alcohol ni el tabaco. Tiene un pez en la bañera. Las paredes están decoradas con fotografías y otras imágenes de su predilección, como una amplísima vista de la costa y del mar. Una cita enmarcada del escritor Anatole France parece ser su fuente de inspiración, el lema que alienta el espíritu de la opción vital que ha tomado: «Vendrán tiempos en que todos los desiertos estarán llenos de anacoretas». Anacoreta, eso es lo que él ha elegido ser. «Un anacoreta laico», aclara.

Y un anacoreta privilegiado, por supuesto. Sus necesidades alimenticias son atendidas por su esposa y por la fiel y servicial criada Clarita (Maribel Ayuso). No tiene radio ni televisión, pero recibe periódicos y revistas que lee, recorta y archiva. Esos recortes –viene a decir– constituyen una formidable documentación sobre los hechos de su tiempo y también –subraya– sobre los motivos por los que se ha encerrado: rechaza el mundo y su deriva.

Por un ventanal que da a un patio, le llegan con frecuencia las melodías, algo tristes, que interpreta al violonchelo un amable, educado e invisible vecino que tiene la voz del popular cómico Tip. Dispone de un pequeño telescopio para observar los astros. Y también de unos prismáticos que, utilizados del revés, le proporcionan la ilusión de vivir en un espacio mucho más amplio. Recibe igualmente las visitas de amigos y allegados que comparten con él licores, cigarrillos y partidas de dominó.

Fernando Tobajas se ha convertido en un hombre templado, tranquilo y afable. Si le dejan en paz, no se enfada

por nada y se muestra comprensivo con casi todo. No parece tener necesidades sexuales, y se diría que vive anestesiado a tal respecto. No obstante, en un momento dado, explica que, ocasionalmente, las mujeres –la criada, vecinas, visitantes de su mujer e, incluso, su misma esposa– que entran al baño se suelen mostrar –al poner a la vista su intimidad y su recóndito «secreto»– «disponibles». Tobajas, se entiende, ha hecho uso aleatorio de esa disponibilidad.

Hasta aquí, la propuesta del director Juan Estelrich y de su guionista Rafael Azcona parece ponderar un ideal de vida basado en un individualismo ácrata, que incluye el rechazo del mundo en su conjunto y de los demás uno por uno, el vivir aislado y solitario sin compromiso ninguno, sin responsabilidades de ninguna clase y al dictado –dentro de las limitaciones de la situación– del capricho, el gusto y el egoísmo. Teniendo en cuenta que Tobajas está casado, la proposición de Estelrich y Azcona muestra una silueta fuertemente misógina. Nada de matrimonio ni de pareja. Al hombre, que no lo molesten, como mejor y más feliz está es solo con sus cosas, y no digamos si la mujer acepta ser su sirvienta y su esporádica y proclive amante. Y nada de hijos, por supuesto. Tobajas, no obstante, tiene una hija ya crecida, Sandra (Isabel Mestres), una veinteañera entre hippie y progre, emancipada y liberada, que vive y sobrevive por ahí a su arbitrio y que, cuando lo visita, se muestra de lo más cariñosa, cómplice total de su decisión, como Fernando se mostrará comprensivo (indiferente, más bien) cuando ella le presente, en una ocasión, a un árabe viejo y chiflado, Wiz-Buete (Luis Ciges), cocinero del restaurante en el que ella friega platos y con el que se ha liado.

No es de extrañar que Fernando Tobajas esté feliz en su cuarto de baño. Y orgulloso. Llega a decir que la única «cosa seria» que ha ocurrido en el mundo en los últimos años es su encierro. Antes se aburría mucho fuera de él y ahora –dice– se divierte mucho. En todo caso –matiza–, si llega a aburrirse, se aburre solo y no le aburren –que es lo peor– los otros, de los que no quiere saber nada: «Yo me he encerrado aquí para no saber nada».

Fernando piensa que «nada de lo que te ofrece la vida te satisface plenamente». Él está bien donde está, en su cuarto de baño, en esa cueva de anacoreta con mucho de celda de prisionero, desde luego, aunque con los alivios y ventajas ya consignados. Además, él no es un prisionero, vive allí y así porque quiere, haciendo su santa voluntad. Marisa, su mujer, ya intentó disuadirle, ya maniobró para que abandonara su refugio. Pero no hubo manera. Marisa consiguió hace años que Fernando recibiera a un psiquiatra. El diagnóstico del psiquiatra fue rotundo: Fernando era un «monstruo de lucidez».

Pero la vida de Tobajas va a cambiar, y mucho, desde el día en el que aparece en su cueva Arabel Lee (Martine Audo), una hermosa joven de 22 años, panameña, con hechuras de modelo, amante o chica de compañía de Jonathan Boswell (Claude Dauphin), un viejo millonario inglés. Resulta que Arabel –que toma su nombre de la Annabel Lee del poema de Edgar Allan Poe– ha recogido en aguas de Capri uno de los 2.159 mensajes que, metidos en un tubo de aspirinas, Tobajas ha ido depositando, con destino ignorado, en el sumidero del retrete.

La chica queda fascinada por la excepcional personalidad de Tobajas, por su hazaña como anacoreta, e inicia una persistente maniobra de seducción. Fernando se muestra al principio tímido y distante, pero, muy poco a poco, será sensible a los encantos de la muchacha, que le trata de tú –él, a ella, de usted– y empieza a exhibirse en braguitas.

Arabel quiere que Fernando abandone el baño. Azcona y Estelrich ya empiezan a dibujar un arquetipo de mujer que, queriendo a un hombre, quiere cambiarlo, cambiarle la vida, sacarle de lo suyo, de su mundo, como paso seguro hacia una eventual felicidad compartida.

Ni con grandes sumas de dinero –procedente de Jonathan, su rico amante–, Arabel consigue su propósito y, entonces, opta por quedarse más tiempo con Fernando en el cuarto de baño para mejor lograr sus fines. Según cita expresa, Arabel comienza a reproducir el papel de la Reina de Saba en *La tentación de San Antonio*, de Gustave Flaubert, que Fernando conoce bien: Arabel es la tentación del anacoreta, la promesa de placer y riquezas, siempre con la condición de que el «santo» renuncie a su estilo de vida. Es también, a su manera –y es otra cita expresa–, una de las sirenas que con su canto pretende que Ulises se desvíe de su ruta en *La Odisea* de Homero.

La preterida esposa de Tobajas y el relegado amante de Arabel ven con alarma que la chica comparte cada vez más tiempo con Fernando en el cuarto de baño, en lo que todavía sigue siendo una casta convivencia. Se compinchan para lograr sus respectivos objetivos –recuperar al uno y a la otra–, tentando a Fernando con una fiesta flamenca y una exquisita

cena con velas, sirvientes uniformados y todo, señuelos de los muchos dones que ofrece la vida en el exterior.

Pero ni por ésas. Fernando Tobajas no cede. Al término de la cena, algo bebido, Fernando da un paso crucial: besa a Arabel. La ama. Sin embargo, de abandonar su refugio, nada. Su sueño de reclusión es muy antiguo. Explica que desde joven soñaba con ser un estudiante universitario encerrado en su habitación de colegio mayor y dedicado a la lectura de por vida.

Marisa, la esposa, no ve otro remedio que promover las relaciones entre Fernando y Arabel para que así, tal vez, su marido, definitivamente cautivo de la chica, acepte salir con ella de su cueva. Para ello, no duda en instalar en el baño una gran cama y en regalar a Arabel un irresistible picardías.

Fernando y Arabel hacen, por fin, el amor. El comienzo de su vida sexual abre paso a una convivencia de pareja. Matrimonial. Y, como era de esperar, desprovistos de suministros, pronto empieza el deterioro. La vida matrimonial desgasta a los amantes, les asfixia. Es la idea de Azcona y Estelrich sobre el matrimonio. Arabel empieza a quejarse. Se siente una criada, dice. Tienen sus primeras discusiones, su vida en común va mal.

Tobajas, enamorado —es decir, inerme—, decide abandonar el cuarto de baño y salir con Arabel al mundo exterior. ¿Qué harán?, ¿en qué trabajará él?, ¿de dónde sacarán el dinero para su sustento? Ya se verá, viene a decir Tobajas.

Fernando recupera uno de sus trajes, se acicala y se prepara para salir a la calle. Entonces, Arabel cambia de opinión y dice que no: es en ese cuarto de baño donde ella le quiere,